



Eduardo Rabasa
El hotel
de los corazones rotos



EDUARDO RABASA

El hotel de
los corazones rotos

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2025

© Eduardo Rabasa, 2025
por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 9573-2025
ISBN: 979-13-87605-06-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Liz

Lo que los demás llaman no-ficción a mí
me parece muy ficticio.

HEINRICH BÖLL,
Opiniones de un payaso

México, Distrito Federal,
a comienzos de 1999

I

Caminaba un día cualquiera hacia el metro Copilco después de haber ido a inscribir exámenes a las oficinas de la prepa abierta, cuando de pronto me pareció ver por el rabillo del ojo a un muñeco de Elvis Presley de tamaño humano, colgado del tubo de la puerta delantera de un microbús que se desplazaba como por espasmos en el tráfico de la ciudad. Obviamente me dio un chingo de curiosidad y empecé a seguirlo por la banqueta, tropezándome a veces con los bordes irregulares, por no poderle quitar la mirada de encima al Elvis que iba en el pesero hacia quién sabe dónde. Hasta que lo que parecía ser una botarga con su figura bajó el pie que llevaba apoyado en los escalones del microbús, se soltó del tubo del que venía agarrado, y se metió caminando despacio por las callecitas de Pedregal de Santo Domingo.

Sin pensarlo mucho lo fui siguiendo a una distancia prudente, dando algunas vueltas por las calles como si estuviéramos en un laberinto, hasta que con la mano metida como en un guantote rosa tocó el timbre de un edificio descascarado, donde parecía que los tres niveles de la fachada hubieran sido construidos por etapas. Se veía colgada una lona con un letrero que anunciaba: «Agallas y Asociados», sin ofrecer mayor información que unos teléfonos a los que como nunca terminé por llamar, tampoco nunca me los aprendí. Pero en ese primer momento yo no tenía la menor idea de en lo que estaba por adentrarme. El caso es que Elvis se metió y yo me quedé parado como menso en la calle, pensando ahora qué chingados de-

bía hacer, cuando al poco rato salió por la misma puerta un chavo bien flaquito, que yo sabía que era el mismo que hace unos minutos traía puesto el disfraz. Me acerqué a ver los botones de los timbres y en el de hasta arriba a la derecha había junto un cartoncito donde con plumón le habían puesto la misma mamada esa de lo de Agallas y Asociados. Otra vez sin dudarlo apreté el timbre y casi al instante me espantó el sonido que hacen las puertas cuando alguien las abre con algún pinche dispositivo desde dentro. Sí dudé un poco antes de entrar así nomás, porque de seguro pensaban que era el mismo chavo que acababa de salir y que se me había olvidado algo, o una cosa del estilo, y por eso habían abierto ya sin preguntar quién era. Pero pues chingue su madre, ya había llegado hasta ahí, ni modo que no me metiera a averiguar qué onda con el muñecote de Elvis.

Al entrar hacia la derecha había una puerta entreabierta, de esas que son como de metal y en la parte de arriba enmarcaba un cristal gris opaco donde venía rotulada otra vez la leyenda rara de lo de Agallas y Asociados. Entré dando un ligero toquido por protocolo y en el departamento con una sala bastante vacía, salvo por una mesa de madera y un sillón con su tele enfrente, a un lado estaba también abierta la puerta donde se veía un hombre sentado detrás de un escritorio. Avancé hasta él y hasta en esa posición pude ver que era un señor más bien chaparrito, como de unos cincuenta y tantos, o algo así, aunque en realidad se veía al mismo tiempo como entre más joven y más puteado. Tenía la cabeza completamente rapada y creo que eran los ojos medio rasgados los que le daban ese aire como de vivacidad.

Sin que pareciera que me prestaba demasiada atención, a manera de saludo me preguntó qué chingados quería. La botarga de Elvis estaba colgada de un clavo de la puerta de lo que parecía ser un baño, y creo que primero nada más la señalé sin decirle nada más. Se me quedó viendo unos segundos y vi clarito cómo se relajó toda su postura, como diciendo ah-no-ma-

mes-si-vienes-por-eso-no-hay-pedo, y me invitó a sentarme en la silla de enfrente.

Al principio me preguntó mis generales sin hacerme mucho caso, casi como si fuera como una entrevista de trabajo, que pues en el fondo es más o menos lo que era, y me dijo sin ofrecerme más detalles que si me interesaba el trabajo de la botargueada con el Elvis, creo que así exactamente lo expresó, lo podíamos platicar. Lo malo era que ese día andaba muy ocupado, así que por favor me pedía que regresara yo al siguiente sábado por la mañana (creo que ese día era martes o miércoles), ahora que ya sabía cómo llegar. Pero pues ya que estaba ahí pensé que debía intentar sacarle un poco más de información para saber qué onda, y pues ver si debía de regresar o mejor ya no:

—Pero entonces, señor Agallas, si me contrata, ¿a qué me dedicaría exactamente?

Creo que fue con esa frase, o alguna parecida, con la que di el primer paso hacia ese submundo que yo todavía no imaginaba lo que me traería.

—No me digas señor, chavo, que me haces sentir todo pinche viejo. Mis valedores me dicen Agallas a secas. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Bruno. Bruno Bolado, don.

El que parecía que de alguna manera estaba en proceso de ser mi nuevo jefe estaba sentado detrás de su escritorio lleno de papeles desordenados y unos arrugados, vasos vacíos, o casi vacíos, adornitos baratos como unos duendes de cerámica, o una de esas bolas de cristal que si las agitan simulan echar nieve y otras chucherías del estilo. Adoptando desde ese primer encuentro ese aire filosófico que yo llegaría a conocer bien, el Agallas le dio unos jalones al cigarro sin filtro que acababa de prender con los restos del anterior, y señaló hacia el bulto colgado de un clavo en la puerta de madera. Y según lo que recuerdo me empezó a echar uno de los rollos sin sentido en los que fui descubriendo que era un maestro para envolverte:

—A ver, chavo. Si al final nos entendemos y te contrato, ahora sí que esa será tu nueva identidad. En primer lugar, pues claro que el chiste es entretener, que al fin y al cabo de eso se trata el chou. Pero pues ora sí que tampoco todo es diversión, y el chiste es infiltrarse para después acomodarle al enemigo el chingadazo donde más le duela. Pero pues para eso primero hay que conocerlo bien, por dentro y por fuera. Que tengamos como un mapa de todos sus puntos débiles. Irlo cansando como los buenos boxeadores, con golpes al hígado que casi ni se notan. Ah, pero cómo duelen los canijos. Y después...

Pum. El Agallas pegó un manotazo en la mesa, con el que al mismo tiempo apresó una hoja de papel. Como para tranquilizarse él mismo, la abrió para leer lo que sea que ahí dijera, y me volteó a ver con una sonrisa cómplice:

—La venganza se sirve bien pinche fría, chavo.

Obviamente que yo no entendía nada de nada, ni sabía qué decir, así que según yo nos quedamos callados unos momentos. Y luego me acuerdo de que como si mi mirada fuera la toma de una película, primero abarcaba una superficie mayor de la habitación, sin enfocarse en nada en específico, y luego se fue como concentrando en el bulto que colgaba de la puerta, que fue agarrando más precisión. Era tal cual un muñeco de tamaño humano. Como de felpa. Su pelo negro remataba en un copetazo. Su cara rosada transmitía una imagen alegre, de eterna juventud. Estaba vestido con un traje negro de dos piezas, con estrellas amarillas en la parte de los brazos y piernas. Sus zapatos también eran negros, como si fueran de charol. No mames, creo que pensé. Hasta en versión botarga el rey del *rock and roll* sigue siendo el rey.

Y el sujeto que se nombraba como Agallas volvió a prender un nuevo cigarro con los restos del anterior. Todavía sacando humo por nariz y boca, comenzó a decir, como a manera de despedida de ese primer encuentro, que de alguna forma sentó alta la vara para el delirio y lo zafado de todos los demás, y de lo que se vendría después con él y con la botarga de Elvis, que

por el momento nos veía a los dos muy calladita, con su sonrisa de eterna juventud:

—Vas a ver que ya que te lo pongas, dejas de estar al mando. Créemelo, chavo. Yo sé lo que te digo. Estos ojitos rasgados lo han visto chingos de veces. Y además tú con esos ojazos azules y tu greña negra larga, que la verdad te verías menos mugrosón si te la cortaras un poco, pero ese es otro boleto. Pero a lo que voy es que hasta por adentro de la botarga vas a estar en sintonía con el personaje. Vente el otro sábado y llega desayunado para que traigas fuerzas suficientes. El chou está por comenzar.

Me dio un apretón de manos seco que creo que representaba algún tipo de acuerdo. Cuando salí de la oficina volví a ver la puerta con las letras negras rotuladas sobre un cristal como de esos opacos: Agallas y Asociados. Su departamento estaba en la planta baja, así que rápido salí del edificio descascarado, todavía como a medio construir. Ya sobre la calle Ahuanusco, del Pedregal de Santo Domingo, eché un último vistazo a la lona colgada de la fachada gris en donde también se anunciaba el nombre del supuesto despacho de quién sabe qué. Agallas y Asociados. Me puse a caminar hacia el metro Ciudad Universitaria, para tomarlo de regreso a mi casa. El camino entero fui fantaseando sobre en qué chingados iba a parar esto que había según yo empezado no como simple casualidad, sino como alguna señal del destino.

Unos meses después, que sobre todo ahora en el recuerdo duran menos de un segundo, Milena se marchó sin que yo pudiera impedirlo. ¿Había sido en parte lo que siempre me explicaba como azar, o esta vez sí fue estrictamente la necesidad? Todavía intenté que su mamá me dijera adónde se había ido, a ver si podía ir a buscarla. Pero por más que le rogué no me quiso decir ni madres. ¿Lo pude haber visto venir con los sucesos de esas últimas fechas? Pues seguramente sí. Pero pensé que sólo andaba bajoneada por la situación que enfrentaba y por su tendencia a ver el lado filosófico y existencial a las cosas. Ahora sí que era parte de su vocación. ¿Cómo era que decía? Que al final una parte de nuestra relación perduraría en sus cartas. Que a lo mejor iban a ser parte de una novela. Una novela escrita como en formato de diario íntimo. Una serie de cartas de unos de sus yoes a otros de sus yoes. O algo así me acuerdo que dijo varias veces. Cuando vino a decirme que se iba me dejó una carta de despedida, que creo que sólo me dejó más confundido. Desde entonces la he leído y releído como buscándole un significado oculto, que nomás no he logrado encontrar. Me la dejó junto con una caja de fotocopias de muchos más papeles con entradas de sus diarios, con el cuento de fantasmas que alguna vez me contara de viva voz, y otras cosas más.

Y pues supongo que como era un poco obvio, cerraba la carta con unos versos. Unos versos muy tristes, de esos que te desgarran el alma. Unos versos de Sylvia Plath.

Morir

Es un arte, como todo lo demás.

Lo hago excepcionalmente bien.

Lo hago para sentirlo como el infierno.

Lo hago para sentirlo como real.

Supongo que podría decirse es mi llamado.

Claro que para llegar ahí todavía faltaba que sucedieran muchas cosas que cuando las repaso en mi cabeza me imagino todos los puntos específicos donde según yo pudieron haber sido distintas. Que pues claramente no lo fueron, o no estaría entonces uno imaginándose que hubieran sido distintas. Como si la súbita entrada y salida de Milena en mi vida, y también la participación tanto mía como de los demás personajes de la historia estuvieran ya fijadas por una especie de guion que ahora ya sólo puede cambiar en mi imaginación. Y pues no sé si también eso en el fondo forme parte del mismo guion, el chavo que se tortura repasando en su cabeza los sucesos de la obra de la que él mismo formó parte. O el chavo que intenta recordar cada detalle para ver si puede escribir al fin la radio-novela con la que lleva años fantaseando, «El hotel de los corazones rotos». Pero de que Milena se había ido, se había ido, y ya sólo me quedaban sus distintas versiones, que entre más radiantes y fieles a la original se aparecían, más me recalcaban que a lo mejor ya sólo así volvería a verla de allí en adelante.

El día que conocí en persona al Deivid a mi papá le estaba dando un preinfarto o algo así. Era un viernes en la tarde. Estábamos como de costumbre por aquella época sin hacer gran cosa, bajándonos mano a mano unas cubas servidas de una patona de Bacardí que amenazaba con terminarse antes de que cayera la noche. El Pavo iba a sacar una fiesta donde podríamos empedarnos de a grapa con esas típicas cubas medio calientes, preparadas en tambos gigantes. Pero pues mejor eso que el ansia de quedarse en la casa ya sin chupe, a mendigar mermelada al frasco para untársela a huevo a un pinche pan o tratar de juntar moneditas por ahí para ir al Oxxo por un Lonchibón o algo para llenar la panza.

Sonaba como siempre el cómpact pirata con los éxitos del Príncipe de la Canción. Mi papá ya andaba pedo y alternaba entre sus bromas de gigoló cincuentón en decadencia, que se empeña en llevarse con sus hijos de 20 y 18 años como si fueran sus cuates, y la millonésima falsa anécdota de cuando él y su amigo el Acuamán le habían metido supuestamente de contrabando a José José una botella al hospital, mientras se recuperaba de no sé qué calamidad ocasionada por sus excesos.

—No, señor, lo hubieran visto ahí caminando con su brandy por los pasillos de ese hospital todo pipiris nais. Las enfermeras se quedaban de a cuatro cuando lo veían en su bata que le dejaba el culo de fuera, con el suero conectado a la vena, arrastrando la chingadera esa con las rueditas. «Saluuuuud, amiga», las saludaba el muy cabrón, cagándose de la risa.

Como si nosotros no hubiéramos visto mil veces también la película donde el Príncipe se actuaba a sí mismo en esas andanzas. Cada vez mi papá nos volvía a señalar, como si fuera una increíble hazaña, el personaje de cuál de los amigos malas influencias de José José supuestamente estaba basado en él.

Ese día se encontraba tumbado en el sillón deshilachado de la sala. Me acuerdo que desde esa hora se sobaba el pecho y estaba más blanco que de costumbre. No soltaba la cuba ni quince segundos, mientras veía en su tabicón Nokia los mensajes que le mandaba la señora de billete que fuera su novia en turno, a la que le sacaba lana en ese momento. Dizque era la exesposa de un político muy importante, un diputado o senador o algo así.

—Señor, señor, sálveme de la Cocodrila, sálveme de la Cocodrila.

Me repetía lo mismo cada vez que volvía a mirar su celular. De verdad que me supercagaba los huevos que me tratara como si fuera su cuate y no su hijo mayor.

—Sí, señor, no se preocupe, yo lo salvo.

Para no entrar en conflicto ya mejor le contestaba con una sonrisa amarga que fingía para ahogar las ganas de reventarle un chingadazo en el mero hocico por mamón.

*You ain't nothing but a hound dog
Cryin' all the time*

En eso llegó al departamento el Pavo, hiperactivo como siempre, acompañado de su cuate el Deivid, de quien nos había hablado muchas veces. Yo ahí aún no lo sabía, pero acabaría jugando un papel importante en todo lo que pasó después, porque era el cabrón que había acondicionado una camioneta jodidísima como falsa ambulancia, con todo y su equipo de radio para interceptar señales policiacas de accidentes de coches, atropellados y demás. Llegaban en putiza al lugar de los hechos, con batas de paramédicos, y levantaban a los heridos

para llevárselos al hospital más cercano. Y pues claro que en el camino procuraban chingarles todas sus pertenencias. Cuando la situación lo permitía, todavía tenían la desfachatez de cobrarle una lana por el servicio a los familiares. Y lo peor es que seguramente alguna vida sí salvaban. El Pavo nos había contado unas anécdotas superpunks. Obviamente, la tira se los había torcido varias veces en la maniobra, pero no era nada que el relojito o un anillo o el celular del accidentado no hubieran podido jamás solucionar.

–Buenas noches, señor Bolado.

El Pavo siempre saludaba a mi jefe con esa mezcla de formalidad y desenfado que volvía irresistible al cabrón.

–Le presento a mi cuate el Deivid. Disculpe que no nos quedemos un rato, pero dejé el Tsuru estacionado en la banquetta, sobre el mero eje vial. Y ya ve que la pinche grúa pasa a cada rato.

–Señor, señor. No chingue y sírvase una cuba.

Aunque mi papá se veía más moribundo con cada minuto que pasaba, como que todavía tenía fuerzas para incitarlos a la peda. El sudor le pegaba cual engrudo sus escasos pelos a la mollera, y pasaba los sorbos de su propia cuba con unos labios ya casi blancos. Se sobaba el pecho en círculos con la parte baja de una mano, dándose golpecitos periódicos, como si quisiera desahogarse al corazón que amenazaba con hacer un cortocircuito.

–Bueno, si usted lo dice, pues ya qué.

El Pavo procedió a sacar de la alacena los últimos dos vasos amarillos de plástico medio limpios para servirse su trago y el del Deivid. Jalaron unas sillas para formar un círculo alrededor de la mesita de la sala. Yo ya traía la oreja pegada a la respiración jadeante de mi papá, a quien ahora se le notaba clarito el esfuerzo para aparentar normalidad.

–Señor, señor, la Cocodrila me sigue chingando. Ayúdeme, señor.

Al tiempo que la risa nasal del Pavo festejaba alguna ocurrencia del Deivid, yo veía a mi papá irse apagando como una veladora ya muy desgastada.

—¿No traes tu ambulancia, verdá?

Ya más preocupado le hice la pregunta al Deivid, por si había falta llevar a mi papá a algún hospital o algo así.

Con gesto de susto, tan sólo negó con la cabeza y apuró otro trago a su cuba.

El Príncipe seguía sonando de fondo cuando salió mi hermano el Yorch de la habitación en la que compartíamos litera. Llevaba su camisa roja de franela con los botones abiertos, encima de la camiseta con la portada del *Nevermind*, la del bebé flotando en el agua frente al billete de un dólar. Se quitó un audífono del Discman en el que obviamente sonaba también Nirvana, para preguntar qué chingados pasaba.

—A mi papá le está dando como un infarto o algo así. Yo creo que vamos a tener que llevarlo al hospital.

Pareció que hasta el Príncipe guardó silencio un momento, a la expectativa de lo que vendría después. O quizá tan sólo se trataba de una pausa entre canciones. El Pavo y el Deivid se levantaron cuba en mano para apresurarse hacia la fiesta y no seguir atestiguando nuestro drama médico familiar.

—Bueno, mi Bruno, nosotros le vamos llegando. Avísame si necesitas cualquier cosa.

El Pavo anunció su despedida ya de camino a la puerta.

Cuando ya la habían cerrado pasó el Yorch sin mirarnos, diciéndoles apresurado:

—Espérenme, cabrones. Yo sí voy con ustedes a la peda.

Y salió en chinga sin siquiera despedirse.

No sé bien a cuento de qué, pero me vino a la cabeza pensar qué haría el mánager de Elvis, el coronel Parker, si su pupilo estrella estuviera en un estado similar. Pues hacer que le inyecten algo y subirlo al escenario, creo que me contesté yo solito. Pero pues obvio que yo no tenía un ejército de doctores a mi disposición. Así que mejor me serví la última cuba que se podía exprimir a esa botella, ya sin hielos y apenas un poco de Coca, para meditar sobre las distintas opciones.

*Well, you ain't never caught a rabbit
And you ain't no friend of mine.*

En esas andaba hasta que mi papá cerró los ojos, todavía empapado de sudor, y me quedé mirándolo otro rato para asegurarme de que siguiera respirando, escuchando en repetición al Príncipe. De seguro este soponcio se debía a que llevaba como siempre varios días enfiestando, durmiendo quién sabe dónde con quién sabe quién, estresado por su eterno negocio en curso que ahora sí iba a cuajar y ahora sí nos iba a sacar de pobres. A lo mejor justo hoy se había llevado la decepción de que siempre no, porque el culero de tal o cual se lo había chingado a la mala. Me bajé lo poco que quedaba de la botella de Bacardí mientras me terminaba de asegurar de que fuera una falsa alarma, y ya igual bien pedo yo también, me tambaleé hasta mi cuarto para tirarme a descansar en la litera de abajo a la que llamaba mi cama.